

Los problemas estructurales no resueltos en la economía mundial llevan a una recaída – Parte I

Cartografía de la primera depresión del siglo XXI

José Luis Rojo. Buenos Aires, 29/09/11

“La economía mundial se encuentra en una nueva fase peligrosa. La actividad mundial es ahora más débil y desigual; últimamente la confianza se ha deteriorado de manera drástica y los riesgos a la baja se están agudizando. Contra el telón de fondo de fragilidades estructurales no resueltas, la economía internacional se vio este año afectada por una serie de shocks (...) Al mismo tiempo, en la economía estadounidense la transición de la demanda pública a la privada se paralizó; la zona del euro sufrió graves trastornos financieros, los mercados mundiales experimentaron una venta masiva de activos riesgosos, y se observan crecientes efectos de derrame hacia la economía real. Los problemas estructurales que afrontan las economías avanzadas golpeadas por la crisis han resultado ser inesperadamente difíciles de corregir, y el proceso de elaborar y ejecutar reformas, aún más complicado” (Informe de septiembre 2011, FMI).

En las últimas semanas, el vértigo en los mercados se asemejó al que le sucedió a la caída de Lehman Brothers en 2008. Las bolsas mundiales perdieron cientos de miles de millones de dólares en capitalización. El pesimismo volvió a los actores económicos. El FMI publicó su informe cuatrimestral afirmando que las perspectivas económicas se han deteriorado. Robert Zoellick, presidente del Banco Mundial, reforzó las expectativas negativas, alertando que el mundo se introdujo en una zona de “peligro”. La posibilidad de una recaída recesiva se confirma cada día, al menos para el hemisferio norte.

Pero el hecho es que, en esta oportunidad, la recaída recesiva en el norte del mundo afectaría también a las economías emergentes. El FMI espera para la zona euro y los EEUU una caída del 2 al 3% del PIB en 2012. También señala amplias posibilidades de un retroceso en el precio de las materias primas, los flujos de capital y el comercio internacional, datos que podrían golpear a las economías llamadas en desarrollo, incluso llevando al “aterrizaje forzoso” de algunas de ellas, como las de Brasil o Argentina.

También alerta que se comenzaron a observar graves síntomas de restricción crediticia. Y destaca que las crecientes divisiones que se observan en las alturas de la clase dominante, no ayudan a resolver la crisis.

En lo que sigue, y a cuatro años vista de una crisis que evidentemente no termina, haremos una sucinta “cartografía” de la que ya es, sin ninguna duda, la primera depresión del siglo XXI[1].

Cuando se aproxima una nueva recesión

Este escenario de recaída económica está prácticamente descontado. Incluso más: Nouriel Roubini dice que podría ser peor que la del 2008: “Son significativos los riesgos de una crisis económica y financiera peor que la anterior, ya que involucra no sólo al sector privado, sino también a los bonos soberanos”. [2]

Esto es lo que está, obviamente, por detrás del derrumbe de las bolsas: la economía mundial se encamina hacia una nueva recesión, lo que abre interrogantes sobre la dinámica más de conjunto de la crisis: lo que se había procedido a sacar por la puerta mediante los rescates estatales, volvió a introducirse por la ventana.

La razón de fondo de esta recaída es simple: ninguno de los problemas estructurales planteados por la crisis ha sido resuelto. El reciente informe del FMI se ha encargado de subrayar que ni la demanda privada logró sustituir a la pública, ni se obtuvo el necesario rebalanceo de la economía mundial; rebalanceo que equilibre las cargas entre países deficitarios y acreedores comercial y financieramente.

Para colmo de colmos, esta posible recaída ocurre en las condiciones donde el “poder de fuego” de los estados se encuentra deteriorado luego de años de asistencia económica. Simplemente, no hay margen para endeudarse mucho más. Este es el caso de pequeños estados “sobrexigidos” como los de Grecia, Irlanda o Portugal, pero también de verdaderos “gigantes” del endeudamiento mundial, como son los casos de Italia o España, ¡los que combinadamente acumulan 2.5 billones de dólares de deuda soberana!

A diferencia del 2008, ahora el epicentro de la crisis está en la Unión Europea. Dígase lo que se quiera decir, ya está descontado que Grecia caerá en bancarrota. Esto ocurre mientras a nivel de la UE crecen las disidencias entre las distintas fracciones políticas burguesas: su centro es la división de la clase política en Alemania –al menos un sector de la misma, aparentemente por ahora minoritario–; clase política que, presionada por parte del electorado, duda sobre si seguir aportando dinero para rescatar un país al que no se le ve salida.

Como si la crisis del euro fuera poca cosa, EEUU no levanta cabeza. Su economía parece marcada por una combinación de mediocridad en los índices de crecimiento y un altísimo desempleo cada vez más “estructural”. Y Japón sigue más o menos en la misma: su ya secular estancamiento [3], aunque post tsunami se anuncia que al menos el PBI tendería a crecer en algo.

Para agravar las cosas, está el problema que en los países BRIC (Brasil, Rusia, India y China), que operaron como una suerte de “mediadores” en la primera ronda de la crisis mundial –vehiculizando una suerte de “desacople” entre el norte del mundo y los países “emergentes”–, se han empezado a prender luces amarillas: sus índices de producto están tendiendo a la baja, al tiempo que son presa fácil de presiones inflacionarias.

Se teme así que el famoso “efecto desacople” tienda a diluirse. Y de ahí que, en las últimas semanas, se haya esbozado un fenómeno algo novedoso respecto de la realidad de los últimos años: una tendencia a la baja de las materias primas.

Seguramente que el contexto señalado no dejará de alimentar una situación mundial que está marcada por la emergencia de un ciclo de rebeliones populares que parece extenderse universalmente.

Del rescate a la crisis fiscal de los estados

Todo el mundo sabe que en el momento más fuerte de la crisis a finales del 2008 y comienzos de 2009, lo que se avecinaba era una depresión económica mundial lisa y llana.

Las tendencias de las últimas décadas de capitalismo neoliberal parecían haber entrado abruptamente en reversa (como lo destacara oportunamente *The Economist*), en primer lugar su estrella, el comercio mundial. Este llegó a caer entre un 10, un 20 o un 30% según las regiones, algo nunca visto desde 1945.

También los índices de crecimiento de la producción mundial parecieron desplomarse; las caídas del PBI industrial alcanzaron en países como el Japón el 10% o más. El desempleo pegó un salto abrupto en los países centrales, alcanzando cifras de dos dígitos, no solamente en España (en este país sigue en torno al 22% de la PEA) sino incluso en los EEUU.

También en los países BRIC, al comienzo de la crisis, pareció haber síntomas preocupantes. En Brasil, sólo en diciembre del 2008, hubo 1.5 millones de despidos. Y en China se temió que un porcentaje sustancial de la mano de obra rural migrante en las ciudades costeras –la friolera de 150 millones de almas– luego de las vacaciones de diciembre en sus pueblos, no pudieran volver al trabajo.

La dinámica del derrumbe era tan acelerada que parecía emular –sino incluso superar– la trayectoria de la crisis de 1929: una suerte de reacción nuclear en cadena, facilitada por la estructura mundializada e interconectada de la economía mundial capitalista de comienzos del siglo XXI, cuyo catalizador era la restricción crediticia; es decir, la parálisis total de los préstamos, incluso entre las mismas instituciones financieras.

Fue en ese punto donde aparecieron las recetas “heterodoxas”. Tirando a la basura mucho del ideario del libre mercado dominante en las últimas décadas, el Estado salió al rescate de la economía.

Se inyectaron billones de dólares en la economía mundial, sobre todo bajo la forma de rescates del sistema bancario y financiero internacional, mediante la compra de cientos de miles de millones de dólares en bonos basura. Técnicamente, lo que ocurrió es que el Estado (vía sus bancos centrales) se adentró en la brecha como prestamista de última instancia, evitando la quiebra en cadena[4].

Así se salvaron bancos y también industrias. Caso emblemático: la General Motors en los EEUU, hoy ya repuesta de la crisis. Además de la asistencia estatal, ésta produjo la nada heterodoxa suma de 50.000 despidos, dejados pasar sin pestañar por la burocracia automotriz, a la que se le entregaron a cambio acciones de la empresa.

La asistencia estatal significó varios puntos de PBI mundial, evitándose una caída depresiva catastrófica. Ya para marzo–abril del 2009, comenzó a verse un punto de inflexión. Y para junio–julio, se empezaba a hablar de los famosos “brotes verdes” (el producto se recuperaba). Anticipándose un poco, empezó nuevamente la prodigalidad de las bolsas mundiales, las que recortaron parte sustancial de las pérdidas en pocos meses. Si el Dow Jones había caído prácticamente al 50%, alcanzando los 6.500 puntos y algo más en su punto más bajo, rápidamente volvió a escalar sobre los 10.000.

Parecía haberse producido un milagro: los estados habían rescatado la economía mundial de la más grave crisis en ochenta años, sólo para que la misma recuperase nuevamente sus bríos y siguiera adelante como si nada hubiera pasado. De ser así, el capitalismo sería invencible.

Sin embargo, la realidad material de las cosas está ahí para imponer sus límites. Lo que se hizo, sencillamente, fue transferir las deudas y quebrantos privados, las deudas y quebrantos de las empresas *too big to fail* (demasiado grandes para caer), a los Estados. Contra ese endeudamiento, los Estados emitieron distintas obligaciones de pago, haciéndose cargo de afrontar las mismas. Sea mediante la emisión lisa y llana de papel moneda, en obligaciones, en bonos del Estado o en nuevas acciones, fue el Estado el que se obligó a sí mismo a pagar por las deudas privadas impagables.

Por eso no es nada sorprendente la situación actual de inmensos déficits fiscales generalizados y cada vez más insostenibles. Es que en las condiciones de una recuperación económica completamente mediocre (si puede incluso llamársela “recuperación”), vieron aumentar sideralmente la proporción entre la deuda y el PBI (en países como Italia alcanzan el 120% del mismo), desatándose una feroz crisis fiscal de los Estados.

El hecho es que, hoy por hoy, dónde más fuerte está pegando esta crisis fiscal (sin olvidar las agudas divisiones en torno a ella que cruzan a la clase política estadounidense) es en la Unión Europea, atenazada por el quebranto no solamente en economías de su “periferia” como las de Grecia, Irlanda y Portugal (los países llamados PIIG’s), sino incluso en países mucho más centrales como España e Italia, los que por definición son “irrescatables”[5].

En definitiva, el problema teórico aquí –sobre el que ya hemos escrito en otra ocasión[6]– es que el dinero es solamente el representante general de la riqueza; de ninguna manera es la riqueza misma. El papel moneda no tiene ningún valor como tal. Menos que menos las acciones o bonos estatales. Ni siquiera son dinero de curso legal, no sirven para comprar ninguna mercancía de manera directa. Para efectivizarse como tales, deben cambiarse por dinero.

De ahí que cuando las crisis financieras arrecian, todo el mundo quiera estar “líquido” (es decir, tener dinero constante y sonante en las manos): “(...) la moneda y el crédito tienen relaciones críticas respecto de la riqueza real (...) la emisión monetaria o el endeudamiento deben tener respaldo en la producción de riqueza real: a tanto nuevo circulante, tanto nuevo valor creado. Si este nuevo valor no se crea, si este endeudamiento no se ‘honra’, sólo se estará inflando un globo de riqueza ficticia, que estallará inevitablemente en escaladas inflacionarias, quebrantos empresarios, bancarios y del estado fiscal con cortes en las cadenas de pagos; en suma, depresión”[7].

Así las cosas, en última instancia, la única forma de pagar las deudas (amén de devaluarlas mediante el mecanismo inflacionario que no parece estar a mano hoy en el norte del mundo), es la generación de riqueza real, recomenzando la rueda de la explotación capitalista en el terreno de la economía real, que es justamente lo que no se está logrando hacer en suficiente escala, de ahí el crecimiento mediocre de dichas economías.

La moraleja es que no hay magia posible. Para pagar las deudas, la economía debe volver a crecer. De ahí la aguda crisis de deudas soberanas que viene golpeando las puertas de los estados de la Unión Europea.

Las causas de la bancarrota griega

“Estamos viviendo el terror de que podemos perder nuestros trabajos, nuestras vidas; recortan nuestros salarios y nuestras pensiones, ya no creo que sea por el bien del

país. No podemos evitar la quiebra” (Costas Adrianopoulos, 32 años, trabajador del Teatro Nacional)

Varios países de la UE se encuentran amenazados. Si se pierde el control de la situación griega, la epidemia de la bancarrota podría extenderse al resto de Europa. Su deuda es de 350.000 millones de dólares. Ya prácticamente se descuenta que irá al default, imponiéndose una quita de al menos el 50%.

En estos momentos, la discusión gira en torno a como evitar una caída traumática adelantándose a realizar una reestructuración “ordenada”: pero como está dicho, la bancarrota es un hecho. Lo que se busca es no perder el control del proceso y que Grecia termine eyectada del euro: eso es lo que no puede ocurrir porque pondría en cuestión toda la llamada “construcción europea”.

Esto no quita que haya voces, sobre todo en Alemania, que plantean soltarle la mano a Grecia de una buena vez. Tal es el caso de Wolfgang Bosbach, alto dirigente de la Unión Demócrata Cristiana, partido de Ángela Merkel y, hasta ayer, declarado “europeísta”: “La primera medicina no funcionó, y ahora simplemente estamos duplicando la dosis. Es una lógica que simplemente no comprendo. Mi temor es que cuando ocurra el Big Bang, no sólo nosotros tendremos que pagar, sino las generaciones futuras”. [8]

En todo caso, y aunque parezca a priori “raro”, la revista inglesa The Economist revista firmemente en las filas de los defensores del euro: “Si Grecia deja el euro, su renaciente dracma hundirá su cotización, lo que será bueno para sus exportadores pero llevará a lo que Barry Eichengreen, un historiador del sistema monetario de la Universidad de California, Berkeley, llamó ‘la madre de todas las crisis financieras’. La devaluación del dracma contra el euro transformará toda deuda que quede nominada en euros en impagable. Al mismo tiempo los depositantes, que ya están buscando la puerta de salida, generarán una corrida, tirando abajo el sistema financiero griego”. [9]

Así las cosas, una mayoría de los funcionarios y políticos europeos, siguen queriendo cavar trincheras en Grecia para evitar que la crisis se termine trasladando no solamente a otras economías europeas “periféricas”, como Irlanda o Portugal, sino a España e Italia, cuyo endeudamiento soberano alcanza la friolera de 2,5 billones de dólares.

La circunstancia es que si se pudiera tratar los problemas de Grecia “aisladamente” — una economía mediana que no llega a más de 300.000 millones de dólares de PBI anual— la cuestión no pasaría de ser una “anécdota” (obvio que dicho esto de manera exagerada: su default será el mayor de una deuda soberana en la historia). Pero el problema es que la crisis del país helénico habla —y muy fuertemente— de problemas europeos y mundiales.

El origen de la cuestión es que con el ingreso de Grecia al euro, este país se quedó sin moneda propia. En un principio las cosas parecieron andar sobre ruedas: al estar en euros, el país recibió jugoso financiamiento internacional, lo que generó un efecto de riqueza ficticia. Cuando la crisis mundial hizo su eclosión, y para tratar de que no se corte el chorro de este financiamiento, el gobierno griego decidió “retocar” las estadísticas, dando cuenta de un déficit del Estado mucho menor que el real. Llegado un punto, lo que pareció ser una extraordinaria “ventaja” —el estar parado sobre una moneda fuerte— se convirtió en todo lo contrario: frente a la crisis mundial, a la retracción de todos los mercados, y a la pérdida de competitividad económica por la

devaluación de otras monedas, Grecia no puede devaluar su moneda, ni tomar medidas de política económica soberanas que le permitan maniobrar.

Como señalara oportunamente Paúl Krugman respecto de España (algo enteramente aplicable a Grecia): “El gobierno español no puede hacer gran cosa para mejorar la situación. El problema económico central de la nación es que los costos y los precios se han desfasado respecto del resto de Europa. Si España aun tuviera su antigua moneda, la peseta, podría remediar rápidamente la situación mediante una devaluación, digamos, reduciendo el valor de la peseta un 20% respecto de otras monedas europeas. Pero España ya no tiene su propia moneda, lo que significa que sólo puede recuperar competitividad por medio de un lento y desgastante proceso de deflación.”[10] Vis a vis, lo mismo ocurre con Grecia: no puede devaluar su moneda para recuperar competitividad y crecer, lo que al generar mayores ingresos fiscales, le permitiría paliar los déficits.

Sin embargo, el camino elegido por el gobierno de Papandreu-Venizelos –que evidentemente reflejan el entrelazamiento de los negocios de la burguesía griega con la comunitaria– ha sido el opuesto[11]: un ajuste brutal, deflacionario, con reducción explícita del salario real, despidos y aumento de los impuestos al consumo y la propiedad, esto para “recuperar” competitividad y generar un excedente de recaudación. Recaudación que por las mismas razones de la mecánica contractiva del ajuste, termina alimentando una recaída económica que tira para abajo la expectativa de lo que explícitamente se busca: ¡aumentar la recaudación y los ingresos del Estado!

De ahí a la amenaza de default –y a una incrementada situación de luchas sindicales y populares– solamente hay un paso: un paso que en lo sustancial ya se dio y ahora solamente se están discutiendo las condiciones del ingreso de Grecia a la bancarrota cuando prácticamente ya se han “quemado todas las naves”.

Y sin embargo, esta “reestructuración” controlada de la deuda griega (eufemismo para disimular la palabra bancarrota) que ahora se está alentando, no supondría la salida de Grecia del euro. ¿Por qué? El hecho es que una devaluación lisa y llana, que significaría poner en pié una nueva moneda nacional (el dracma), inmediatamente plantearía un impago casi total de una deuda nominada en euros. Esto amén de ser un pésimo ejemplo para que otros estados sigan por el mismo camino.

Contradictoriamente, el hecho es que mediante la declaración del default, se restringiría –al menos en lo inmediato– la carga de dicho endeudamiento, al tiempo que con la implementación de una moneda más débil, se podría recuperar competitividad, producción y empleo.[12]

Lo que venimos señalando se conecta con un problema más de fondo cual es la aberración de que una economía “atrasada” como la griega, esté “racionalizada” (o “medida”) por una moneda tan fuerte como el euro. Es que si el dinero no es más que el representante general de la riqueza (y de la “potencia” productiva de una determinada economía), si esta economía es menos productiva, el valor de su moneda debería ser mucho menor y viceversa: una economía altamente productiva se debe reflejar en una cotización de la moneda más alta.

Esto es lo que ocurría antes del euro con el marco alemán respecto de Alemania. De alguna manera, el euro, aproximativamente si se quiere, refleja la potencia económica del país germano. Pero debería estar claro que una moneda tan fuerte no puede funcionar respecto de Grecia: una economía relativamente atrasada e improductiva no puede ser medida con una moneda que refleja un grado de productividad del

trabajo –y un desarrollo de las fuerzas productivas– varias veces mayor so pena que su producción resulte invendible.

La conclusión de este problema es evidente: esa moneda es insostenible para Grecia, a menos que lleve a cabo un ajuste económico deflacionario brutal que reduzca drásticamente el valor de la fuerza de trabajo, y el resto de los costos en general, no por la vía de un real aumento de la productividad económica, sino por una mecánica depreciación de todos sus valores, en primer lugar el salario obrero, haciéndola prácticamente inaplicable y dejando al país a la vera de la bancarrota.

No debe sorprender, entonces, la persistente conflictividad social en el país helénico –en el momento de cierre de esta nota se está realizando el enésimo paro general– que le pone al gobierno griego –a pesar de la burocracia sindical– límites muy claros en lo que tiene que ver con transformar las palabras en hechos.

La crisis del euro y el futuro de Europa

Íntimamente vinculado a lo anterior, esta la cuestión del futuro del euro como tal y las divisiones que se están dando a nivel europeo. El epicentro de toda esta crisis y discusión es Alemania, la economía más fuerte de la eurozona.

El hecho es que alrededor del sostenimiento del euro se ha generado en dicho país una aguda crisis política. Dentro de la coalición gobernante, Ángela Merkel parece haber quedado en minoría con la posición de defensa del euro. La discusión no es nada sencilla. Amén de los problemas históricos–políticos por así decirlo –y que veremos más adelante– está el problema de que el 70% de las exportaciones alemanas van a países europeos (el 40% al interior de la zona euro). Una ruptura del euro, con la consiguiente depreciación del resto de las monedas europeas, y la apreciación de un marco alemán restaurado, evidentemente afectaría la competitividad de la economía germana. Competitividad que con el establecimiento del espacio homogéneo del euro –y un duro ajuste económico al interior del país a lo largo de diez años– se vio ampliamente beneficiada.

Claro que, al mismo tiempo, el sostenimiento de la eurozona y el euro mismo en el actual contexto de aguda crisis de deudas soberanas, no deja de tener enormes costos para el país. Es que al ser Alemania la economía más fuerte de la región, es la que más fondos tiene que aportar para los fondos de estabilización de la región.

Sin embargo, la realidad es que el euro nunca fue muy popular en Alemania. Hoy mismo, el 75% de los alemanes estaría en contra de seguir sosteniéndolo. Lo concreto es que un estallido del euro dejaría muy mal parado el proyecto estratégico –que ya tiene medio siglo– de la Unión Europea y que se hizo bajo el síndrome del impacto de las dos guerras mundiales en el siglo XX, y de las derrotas y devastación de Alemania en las mismas (sobre todo la segunda).[13]

Se trata de un proyecto capitalista–imperialista con costados económicos, políticos y estratégicos evidentes y no algo puramente “romántico”. En todo caso, el romanticismo viene a cuento de su legitimación popular[14]. Económicamente, colocar a Europa como uno de los actores principales de la economía mundial, más allá que todavía Europa como tal, evidentemente, no es (y quizás nunca podrá ser bajo el capitalismo) una unidad económica homogénea. Y, estratégicamente, la cosa es obvia: una Europa completamente fragmentada no puede ser una voz autorizada, ni política ni militarmente, en los asuntos mundiales.

Así las cosas, es evidente que las divisiones políticas que hoy recorren Europa no son un problema menor sino un elemento mayor –de consecuencias estratégicas– de la crisis: “El futuro del euro y el papel de Berlín en su rescate se han convertido en un tema de gran debate en Alemania, que gira alrededor de una pregunta fundamental: ¿tiene el país la responsabilidad histórica de salvar del euro y Europa? Los expertos están divididos. ‘La historia de Alemania después de la Segunda Guerra está relacionada de manera muy fuerte con la de Europa –señaló Ursula Rombeck Jaschinsky, profesora de historia de la Universidad de Dusseldorf–. También la reunificación alemana se debe leer en el marco europeo’.”[15] “Según esta experta, la cuestión actual del euro debería ser analizada en este contexto. ‘Alemania tiene una responsabilidad histórica en el rescate del euro, porque el fracaso de la moneda única significaría el comienzo del final del proceso de integración europeo’ (...) No está de acuerdo Werner Abelshauser, profesor de historia económica de la Universidad de Bielefeld (...): ‘Alemania no puede rescatar a Europa. Si la eurozona sigue volviéndose más inestable, habrá que considerar alternativas para salvar la idea de la UE. Tampoco veo una responsabilidad histórica de Alemania: no estuvo detrás de la introducción del euro. Todo lo contrario, el Bundesbank estaba más bien en contra’.”[16]

En síntesis: con estos elementos en la mano se puede ver cómo la cuestión del euro tiene una importancia que trasciende con mucho la mera esfera monetaria. La revista inglesa *The Economist*, en su última edición, recalca que las lecciones de la historia muestran que las unidades monetarias tienden a colapsar como parte de un estallido político mucho más amplio, ejemplificando como el área del rublo no sobrevivió a la caída de la URSS. También señala que la unión monetaria de la República Checa y Eslovaquia sobrevivió solamente unas semanas luego de su separación en dos países. Todo esto para señalar que la Unión Europea no sobreviviría una crisis del euro.

¿Por qué EEUU no levanta cabeza?

En el contexto anterior, el dato estructural más importante de la economía mundial sigue siendo, sin embargo, la mediocridad económica de los EEUU, país que todavía aporta el 20% del PBI internacional y es la primera economía capitalista.

Aquí el hecho central es que lo sustancial de los multimillonarios rescates no ha ido a la economía real. Se salvó a la banca, se les compró bonos basura de los cuales se hizo cargo el estado, se limpiaron en parte las carteras de activos, pero una inmensa proporción de esa masa de dinero no fue a la inversión real. Casi inmediatamente las bolsas comenzaron a recuperarse, pero parte sustancial de ese dinero drenó hacia el exterior. El hecho es que luego de gastarse varios billones de dólares, alguna explicación debe haber para la circunstancia por la cual el crecimiento económico siguió siendo tan mediocre y hoy amenaza con la recaída recesiva.

Hay varios elementos. El primero es que el Estado no ha hecho nada parecido al megaplan de obras públicas que puso en marcha Roosevelt en los años '30. Obama anunció semanas atrás un plan de inversiones públicas para recuperar la deteriorada infraestructura del país. Pero no está nada clara su magnitud e impacto.

Dice Shaikh al respecto: “Con la profundización de la actual crisis, todos los gobiernos alrededor del mundo se movieron para salvar del derrumbe a los bancos y las finanzas, creando increíbles sumas de dinero a tal efecto. Todos los países

centrales tienen los llamados 'estabilizadores automáticos', tales como compensaciones por desempleo y gastos sociales, los que se 'encienden' en oportunidad de las caídas. Pero estos mecanismos están hechos para recesiones, no para depresiones. Los gobiernos han sido mucho menos entusiastas en encontrar nuevas formas de gastar para ayudar directamente a los trabajadores (...) Es correcto decir que el gasto del gobierno juega un rol crucial para acelerar la recuperación. [Pero] el gasto gubernamental debería servir también para emplear de manera directa en obras públicas. Por ejemplo, [en los años 1930] el Work Proyect Administration (WPA, [agencia estatal del gobierno de Roosevelt]) por si sola empleó millones de personas en obra pública, en artes, en educación, en sostener la pobreza.”

Ampliando un poco más: “Las mismas dos maneras [sostenimiento estatal de negocios privados, inversión estatal directa] se pueden aplicar a los gastos en época de paz para una movilización social que quiebre la crisis. En el primer 'modelo', el gasto gubernamental es dirigido hacia las finanzas y los bancos, con la esperanza que las firmas beneficiadas van a incrementar el empleo. Este es el modelo keynesiano tradicional: estimular los negocios y esperar que las ganancias ayuden a quebrar el desempleo. En el segundo 'modelo', el gobierno directamente provee empleo para aquellos que no lo pueden encontrar en el sector privado, y en la medida que estos nuevamente empleados trabajadores gastan sus ingresos, las ganancias vuelven a escalaren los negocios y los bancos (...) [La realidad es que] grandes sumas de 'rescate' han sido dirigidas en tiempos recientes hacia los bancos y los sectores no financieros en cada uno de los grandes países del mundo. Sin embargo, estos fondos la más de las veces terminaron siendo 'secuestrados' allí: los bancos los necesitan para reestablecer sus golpeados portafolios y las empresas para pagar sus deudas [no para la inversión real]. Pero si el segundo 'modelo' fuera empleado, las cosas serían muy diferentes. El ingreso recibido por aquellos hasta el momento desempleados sería gastado [en la economía real], porque ellos deben vivir. La segunda manera tiene dos grandes ventajas: crearía directamente empleo para aquellos que más lo necesitan; y generaría efectos a la alza económica de manera inmediata”. Es obvio que esto es lo que no está ocurriendo bajo Obama, y menos que menos en la Unión Europea, cuyos gobiernos son más conservadores aun.

Más allá de lo anterior, y yendo al sector privado, tampoco el sector inmobiliario (la construcción privada es también una gran dinamizadora de la demanda) está levantando cabeza. Las propiedades sigue con sus valuaciones por detrás de las del comienzo de la crisis, continúa habiendo enorme ociosidad (viviendas producidas pero no vendidas) y los hogares siguen arrastrando un altísimo nivel de endeudamiento (apalancamiento). La mediocridad del sector inmobiliario habla de la mediocridad del consumo y del crecimiento en general, sumándose al “malgasto” de los rescates públicos.

Mirando hacia la industria, hay también una serie de datos críticos. Por un lado, el desempleo continúa muy alto: una nueva ola inversora de conjunto —que parece no estar verificándose— debería ayudar a bajarlo de manera más estructural.

Por otra parte, es de destacar que si en el pico de la crisis recesiva el desbalance de la balanza comercial se había corregido en algo por la caída de las importaciones producto de la recesión, ahora el mismo FMI señala que la tendencia es nuevamente hacia el “agravamiento” de los desbalances.

Esto habla de que la productividad general de la economía estadounidense sigue sin recuperarse lo suficiente. Esto es así, aun a pesar de que se han operado grandes

reducciones de personal y ha aumentado sustancialmente no sólo la tasa de explotación, sino las ganancias.

Pero si la circunstancia es que la competitividad no ha llegado a recuperarse realmente (incluso amén de la tendencia más de conjunto a cierto debilitamiento del dólar), esto es así porque algo malo está pasando en materia de inversiones. Y ese algo malo tiene que ver con la circunstancia que no se estaría viviendo el necesario proceso de reindustrialización que el país necesita para salir de su condición global deficitaria. Una reindustrialización que, a priori, al menos en un primer momento, tiraría hacia abajo la tasa de ganancia, porque implicaría la relocalización de empresas nuevamente en suelo norteamericano, dónde obviamente el promedio de los salarios es más alto que, por caso, China.

Esta es una de las razones por las cuales los capitalistas son tan renuentes a llevar adelante tal rebalanceo de la economía mundial. Rebalanceo que, elemento no menor, implicaría necesariamente modificaciones en la división internacional del trabajo heredada de las últimas décadas.

Para colmo de males, el hecho es que la burguesía yanqui está agudamente dividida acerca de los pasos a seguir: el griterío constante entre demócratas y republicanos (este último partido llevado de la nariz por el Tea Party) se hace ensordecedor. Un griterío que sólo refleja, en última instancia, la aguda confusión estratégica de la burguesía yanqui acerca de cuál pueden ser la vías para sacar a EEUU de la decadencia en la cual se encuentra (la debilidad de Obama no deja de reflejar esto mismo).

En todo caso, el endeudamiento estatal sin inversión real ha significado la carencia de generación del suficiente plusvalor para afrontar las deudas. En esas condiciones, las voces a favor del drástico ajuste fiscal crecieron exponencialmente (como se vio en la reciente crisis política por la cuestión del tope estatal de endeudamiento), afectando las ya magras perspectivas del crecimiento. Porque el ajuste en medio de una recuperación que no termina de concretarse, lo único que hace es agigantar las tendencias recesivas.

Para salir adelante, los EEUU necesitarían de un rebalanceo estructural de la economía mundial, que obligara a las multinacionales a reorganizar sus negocios de otra manera a la de las últimas décadas y que, al menos, en el comienzo, plantearía la ya señalada reducción de las tasas de ganancias. En definitiva, lo que impide un crecimiento de largo alcance en la primera economía mundial, son sus rasgos estructurales, y no se ve como los irá a modificar en el futuro inmediato.

[1] El conocido economista paquistaní–norteamericano, Anwar Shaikh, la define de la misma manera en un artículo del 2011 justamente titulado de esa manera: “La primera gran depresión del siglo XXI”, en el Socialist Register 2011, The Merlin Press, Londres.

[2] La Nación, 25 de septiembre del 2011.

[3] Como digresión, digamos que este estancamiento, de últimas, habla bastante de las dificultades para emerger como potencia económica mundial “consumada” solamente por medios pacíficos...

[4] La figura del prestamista de última instancia se encuentra en la literatura económica de la escuela keynesiana y alude, precisamente, al rol de los bancos centrales que en oportunidad de las crisis, salen a rescatar los bancos y empresas de una posible quiebra generalizada. Como pragmáticos consumados, Nouriel Roubini y Stephen Mihn desarrollaron un pormenorizado relato acerca del mismo en su obra “La economía de las crisis”, refiriéndose favorablemente al teórico ultra-keynesiano Hyman Minsky como autor de esta tesis.

[5] Ahora mismo Alemania está votando –en medio de una gran crisis política– aumentar su participación en el Fondo de Estabilización Europeo en 230.000 millones de euros. El fondo total alcanza los 450.000 millones de euros, pero ahora se está hablando de que para blindar completamente la zona euro, cubriendo eventualidades en España e Italia, el fondo debería ser ampliado a 2 billones de dólares, cifra exorbitante que ya de ninguna manera pasaría el “filtro” alemán.

[6] “Cuando se prepara una recaída”, José Luís Rojo, Revista Socialismo o Barbarie n° 23–4, en http://www.socialismo-o-barbarie.org/revista_23_24/100300_005_economia_mundial.pdf

[7] José Luís Rojo, ídem.

[8] WSJA, La Nación, 29 de septiembre del 2011.

[9] “Los costos de la ruptura. Después de la caída”, The Economist, 17 de septiembre del 2011.

[10] La Nación, 16–02–10.

[11] Parece estar claro que en caso de encararse un curso “a la Argentina” saliendo del euro y volviendo a erigir una dracma devaluada, el gobierno actual, completamente comprometida con el euro, debería caer. Este no dejaría de ser un camino burgués. Obvio que permanecer en el euro lo es más aún si se quiere. Hay corrientes del trotskismo europeo que defienden la permanencia (el mandelismo en general), otras que sostienen derivas nacionalistas; cuando lo que hay que plantear es una salida anticapitalista.

[12] La situación tiene obvios paralelos con la Argentina del 2001 cuando la salida de la convertibilidad 1 a 1 del peso con el dólar.

[13] El otro síndrome histórico alemán es el de la hiperinflación de la década del 20 del siglo pasado, síndrome opuesto al estadounidense que refiere a la Gran Depresión de los años 30. Ese es el fondo histórico también de las tendencias diversas, o de los matices, de las clases dominantes de ambas potencias capitalistas frente a la crisis: es como que tienen diversos “traumas” que justifican diversos abordajes; aunque la tónica general, siempre tiende a un conservadorismo políticamente correcto. Anwar Shaikh se refiere al pasar a esta cuestión en un valioso artículo que ya comentamos más arriba.

[14] Los problemas históricos tienen que ver con que en el imaginario de muchos sectores, la unidad europea fue la respuesta a la barbarie que cruzó el continente con las dos guerras mundiales del siglo pasado, tema que continúa siendo de inmensa

jerarquía en una Europa que no se olvida de las guerras. Ver al respecto el artículo “Las huellas de la historia” en www.socialismo-o-barbarie.org

[15] Lo anterior es verdad, y no deja de subrayar blanco sobre negro los dramáticos problemas que está colocando la crisis; y, ni que hablar, de lo que sería si la misma escalara realmente hasta “hacer correr sangre” como hace décadas no se ve...

[16] La Nación, 26 de septiembre del 2011.

Parte II

El ascenso de los países BRIC y los problemas en la acumulación capitalista

Por José Luis Rojo Buenos Aires, 29/09/11 Para Socialismo o Barbarie

Un elemento de no menor importancia de la crisis es que nos ha ido introduciendo en una suerte de nueva geografía económica mundial. Aquí, lo que está en juego, no es solamente el terreno de la economía, sino lo que tiene que ver con las interrelaciones de la economía con los estados, y todo esto en el contexto de las consagradas jerarquías mundiales del imperialismo. Lo que está ocurriendo es una suerte de “desplazamiento”, aunque no queda claro todavía que ello implique modificaciones realmente estructurales.

¿Una nueva geografía económica mundial?

La paradoja es la siguiente: es un hecho que en la crisis, al menos en su primera fase, se verificó una suerte de “desacople”, desplazándose el motor económico mundial a países emergentes como los BRIC. El gran motor sustituto de EEUU, Europa y Japón a lo largo de estos cuatro años de crisis, el gran factor mediador para la otra mitad del mundo (la productora de commodities) han sido básicamente China –segunda economía mundial ya– e India.

Esa suerte de “nueva geografía económica mundial” tiene como base el hecho que estas dos sociedades pobladas aproximadamente por 2.500 millones de habitantes (más de un tercio de la población total mundial) están viviendo en cierto modo una suerte de “tercera revolución industrial”, con la mercantilización del campo y la incorporación de decenas de millones de ex campesinos a la producción asalariada. [1]

En últimas, esta sería la explicación real y material de su dinamismo, amén de su competitividad internacional, dónde la combinación entre inversión extranjera y mano de obra barata han sido la fórmula del éxito en materia de competitividad.

A esto se le ha venido a sumar otro factor cuando hablamos de los emergentes. El hecho que en los últimos años se operó una suerte de reversión de las seculares tendencias en materia de términos de intercambio, encareciéndose relativamente las materias primas respecto de los bienes industrializados.

Esto último ha ocurrido, básicamente, por dos razones: una, como subproducto de la inmensa demanda generada por China e India al respecto. Dos, ante el hecho que nunca como en los últimos años se ha puesto de relieve los límites (su carácter no renovable) en materia de recursos naturales en una serie de productos, lo que ha redundado en un crecimiento de enorme importancia en materia de rentas diferenciales. El petróleo, el cobre, los productos alimenticios, han escalado una serie de cimas de las cuales, aun a pesar de su explotación capitalista modernizada, parece difícil que vayan a bajar sustancialmente, más allá que en lo inmediato sus cotizaciones parecen a la baja por el impacto de la nueva recesión que se viene.

En todo caso, es la combinación de los dos factores antedichos lo que ha hecho aparecer a países como los BRIC en una mejor relación de fuerzas relativas frente a los países del centro imperialista.[2] Pero sin embargo, enseguida aparecen los límites en esta trayectoria o posible dinámica. Varios factores son de destacar al respecto. El primero, es que China, India, Brasil (e incluso Rusia[3]) son la meca mundial de las inversiones extranjeras: si en China, por ejemplo, el sector estatal administrado directamente por la burocracia, tiene un peso al parecer de creciente importancia; sin embargo, las multinacionales conservan un rol de una magnitud difícilmente despreciable. El hecho cierto es que China es parte orgánica de la cadena mundial de la globalización controlada por el imperialismo. Y este aspecto estructural no parece haber retrocedido sustancialmente a lo largo de la crisis.

Luego, hay otro aspecto más: sus sociedades (hablamos de los países BRIC en su conjunto), en materia de distribución del ingreso y nivel de vida, parten sideralmente de atrás, en promedio, respecto de los países centrales. Esto redundo en un PBI per cápita muchísimo menor, lo que significa que la productividad general de sus economías –como un todo– no deja de estar claramente por detrás de las más avanzadas del mundo; lo anterior, independientemente de los procesos de desindustrialización relativa que desigualmente han sufridos estas economías en las últimas décadas (tenemos en mente, por ejemplo, a los EEUU o Inglaterra; creemos que la situación en Alemania es sustancialmente diferente, y no tenemos muy claro el caso francés).

Y a esto hay que agregar un elemento más: la dialéctica entre la economía y los estados. En esta materia, los EEUU y la OTAN siguen siendo las potencias militares mundiales indisputablemente. Es verdad que Rusia se ha recuperado en parte militarmente (pero viene de un desastre económico-social que no ha dejado de repercutir en su complejo militar-industrial) y que China está destinando un porcentaje creciente de su presupuesto a las Fuerzas Armadas. Sin embargo, están lejos de poder disputar el poder militar de los países imperialistas centrales, como se ve en cada una de sus intervenciones militares en las dos últimas décadas.[4]

¿Cuál es la explicación más de fondo del papel que venimos subrayando, sobre todo en lo que hace a los alcances del rol económico de China e India? Creemos que podemos afirmar que China e India viven una suerte de revolución industrial tardía: una suerte de tercera revolución industrial. Son real y potencialmente océanos proletarios. Países que todavía tienen una enorme proporción de su población

campesina, población que alimenta una constante proletarización de un sector que migra cotidianamente a las ciudades; son países con inmensos mercados internos potenciales. A modo de ejemplo y respecto del caso del Brasil –que es “menor” al lado de esos gigantes poblacionales– un analista señala: “Este crecimiento de la economía en su conjunto ha tenido efectos inclusivos importantes, permitiendo una notable mejora en el tejido social brasileño. Según datos de la fundación Getulio Vargas, desde 1993 un total de 50 millones de personas –una cifra mayor a la población de España– se sumaron al mercado consumidor”[5].

Es decir, poseen una serie de rasgos clásicos característicos de países que pasaron por una revolución industrial. Pero esto ocurre con la dificultad de que no terminan de ser del todo países independientes (aunque también poseen este rasgo en mucha mayor medida que la periferia semicolonial; China porque conquistó su independencia nacional con la revolución de 1949; India porque aun sin revolución, conquistó también mayor independencia relativa con la proclamación de su independencia política a finales de la década del 40 del siglo pasado). Aun así, ambos países están caracterizados por determinadas relaciones de dependencia respecto del imperialismo; pero, sin embargo, esto no termina de negar su emergencia.

Al mismo tiempo, y a pesar de lo que hemos dado en llamar esta suerte de “nueva geografía económica mundial”, el hecho es que la misma no puede negar el carácter “total” de la crisis mundial. Crisis mundial que muestra que esa misma geografía no ha llegado a cambiar totalmente la estructura del capitalismo mundial. Es que China, India y compañía atañen solamente al 25 o 30% de la economía mundial. Mientras tanto, EEUU, la Unión Europea y Japón alcanzan el 70% del PBI mundial: el 30% de la economía mundial no puede impedir la crisis en el resto, en el 70%; no pueden cambiar el trazo general, aunque sí actuar como factor mediador; factor mediador que ante la caída recesiva que se avecina, parece estar diluyéndose, dadas las presiones de “recalentamiento” de varias economías emergentes, incluyendo la propia China.

El futuro de los precios de las materias primas

Conectado a lo anterior, nos referiremos ahora a un elemento específico que ha venido acompañando el desarrollo de la crisis. Se trata de una compleja cuestión que requiere de un abordaje en cierto modo “teórico”: la escalada de los precios de las materias primas de la última década, más allá que la perspectiva inmediata para el 2012 es a la baja.[6]

En todo caso, yendo más allá de la coyuntura, repetimos, uno de los elementos más novedosos que ha traído el desenvolvimiento de la crisis, tiene que ver con la suba de los precios de las materias primas; la escalada que venía de años atrás, alcanzó un pico en 2008, cayendo luego en el apogeo de la crisis, pero volviendo raudamente al centro de la escena posteriormente.

El FMI en su informe de abril pasado, enumeraba algunas de las razones de este fenómeno, hablando de causas tanto “estructurales” (el aumento orgánico de la demanda en los países emergentes; la escasez de oferta por problemas como la finitud de los recursos naturales); como “cíclicas” (clima, cosechas); e, incluso, “especiales” (entre las que incluye la rebelión en el mundo árabe).

Últimamente, varios informes han ratificado que más allá de los motivos especulativos, lo que está detrás de esta escalada son factores económicos reales: “En el desbarajuste [mundial], la agricultura tiene mucho que ver. El mundo se puso patas para arriba en el momento en el que se comprobó que la población ya no cuenta con los reaseguros de tener stocks mundiales de alimentos. El paradigma de los excedentes cambió en forma definitiva por es de la escasez. Por estos días, los stocks de maíz, en el mundo y especialmente en Estados Unidos, el principal productor mundial, se encuentran en un piso histórico que no deja margen para el error. De ahora en más, existe la obligación implícita de lograr año a año cosechas récord con maíces para arriba de los 100 quintales de rendimiento por hectárea como para mantener a raya la demanda”. [7]

En todo caso, más allá de las consideraciones más concretas de este incremento, nos queremos detener muy someramente aquí en los aspectos más “conceptuales” de la cuestión. Hay que decir que se trata de una cuestión compleja y que no deja de aparecer como “contradictoria” en lo que hace a las tendencias “seculares” de los precios de los productos primarios. [8] Porque el hecho es que, como tendencia histórica, se entiende que con el desarrollo capitalista las materias primas deben tender, en principio, a abarataarse. Producto del aumento de la productividad del trabajo sobre los recursos naturales, del paso a métodos capitalistas de producción en masa, en general las materias primas tienden a abarataarse. La explotación capitalista aumenta sideralmente la producción y, además, siempre en lo que hace a las mismas, los elementos de inversión de capital, y de mano de obra, de costos por unidad de producto, se supone que son menores que en el caso de los bienes más industrializados. Digamos que es un sector dónde su composición orgánica del capital (la cantidad de capital fijo por unidad de producto), y la proporción de trabajo incorporado para producirlas, son menores que en las mercancías de origen industrial, dónde los elementos de costos son mucho mayores por la mayor inversión de capital por unidad de producto que es necesaria.

Esto hace que, históricamente, los precios de los bienes industrializados sean más altos. De ahí también un fenómeno que se da habitualmente en el comercio internacional: el famoso “intercambio desigual”; o, mejor dicho, la tendencia al “deterioro de los términos de intercambio”: la tendencia a un intercambio de más valor por menos valor entre materias primas y bienes “terminados”.

Pero ahora parece haber un desarrollo contradictorio con esta tendencia histórica
¿Cómo se explica esto?

Bien, se explica con otros aspectos de la teoría económica del marxismo: la que trata del problema de la renta de la tierra. A diferencia de los bienes industrializados, en el terreno de los recursos naturales, y como ya señalara Marx, el precio lo fija el más caro que encuentra mercado; esto es así dado que se trata de recursos en última instancia limitados (aunque la escala de su producción tienda a aumentar). Así las cosas, el precio lo fija la materia prima determinada obtenida en las condiciones más difíciles pero que encuentra mercado: de ahí que surja para las demás una renta diferencial entre su precio de costo y el valor del mercado. Ese es el caso cuando se habla de recursos naturales escasos y/o no renovables, como los de la producción agraria o los combustibles.

Nos explicamos un poco más: el hecho es que la producción de recursos naturales se rige por el mecanismo de la renta diferencial. A la inversa de las mercancías industriales (en la compra-venta se terminan imponiendo las más baratas), en el terreno de los recursos naturales, su carácter no renovable y/o escaso, hace que lo que fija el precio de los mismos sea el producido en las condiciones más difíciles y que encuentra mercado. Por ejemplo, si hubiera abundancia del petróleo en el mercado mundial, el petróleo del Mar del Norte (que es carísimo) no tendría espacio, salida a los mercados. Sin embargo, como el petróleo falta en el mercado mundial, ese petróleo del Mar del Norte se puede vender con ganancia y termina fijando el precio global.[9]

Lo anterior no quita que, difícilmente, esto pueda cambiar las leyes del capitalismo en la materia. Porque histórica y conceptualmente, lo que se opera, es una transferencia de valor del sur al norte dado que la mayor composición orgánica del capital (inversión) en estos países, hace que sus productos industrializados sean más baratos (la productividad es mayor, las mercancías más baratas) que los del sur.

Y sin embargo, en lo que tiene que ver con los mecanismos de renta diferencial, la transferencia puede ir en sentido contrario, como ocurre ahora, como una circunstancia específica. Esto acontece más allá de que, a largo plazo, el boom de los commodities no podrá revertir la tendencia histórica en lo que hace a la transferencia desigual de valor en el mercado mundial a favor de las naciones imperialistas.

Tarde o temprano, la tendencia a la transferencia de valor del sur al norte se reestablecerá, dadas las leyes de fondo del funcionamiento del capitalismo.

En todo caso, yendo a un terreno más concreto y determinado, digamos que la suba de las materias primas ha venido teniendo componentes económicos, políticos y especulativos, siendo, a nuestro modo de ver, el primero el fundamental.

El componente económico remite a otra discusión que ha tenido un papel determinante en la mediatización de los desarrollos de la crisis, que es el ya señalado rol de China en la economía mundial. El hecho es que China es un inmenso consumidor de materias primas. Y esto le ha puesto un “piso alto” al tráfico de mercancías primarias en el mercado mundial. Se trata de un factor que remite a una

explicación materialista, económica, y no sólo especulativa, del porqué vienen estando tan sostenidas las cotizaciones de las commodities aun en medio de la crisis (insistimos, esto más allá de lo que ocurra en la próxima coyuntura).

Así las cosas, el componente de los precios de las commodities es el que genera presiones inflacionarias en varios de los países de la periferia industrializada o semiindustrializada; este es otro de los aspectos de la actual coyuntura económica mundial, circunstancia que mete presión al alza sobre los salarios, porque los productos primarios hacen parte sustancial de los llamados “bienes salarios” (en mucha mayor proporción que en el caso de las clases medias altas o burguesas), de lo que tiene que ver con el valor de la reproducción de la fuerza de trabajo.

De la guerra de tarifas a la guerra de monedas

En un contexto de competencia incrementada por la posible profundización de la crisis, en los últimos meses ha arreciado lo que se ha dado en llamar la “guerra de las monedas”. La circunstancia es la siguiente: a diferencia de los años ‘30, aún no se han erigido desproporcionadas barreras arancelarias entre los países y regiones. El mercado mundial no se ha fragmentado, y luego del hundimiento del comercio internacional en los peores meses de la primera fase de la crisis, recuperó rápidamente su dinamismo. La cuestión es que el entrelazamiento de los procesos mundiales de producción y distribución hace mucho más difícil que décadas atrás las salidas autárquicas. Sin embargo, de agravarse cualitativamente la crisis, éstas podrían colocarse en la agenda, al menos regionalmente; pero eso no ha ocurrido hasta ahora.

Estructuralmente, el hecho es que la generalidad de las economías sigue buscando la salida exportadora. Es el caso de China, más allá de la pequeña revaluación del yuan, y de cierto discurso oficial en el sentido de que se buscaría aumentar en algo el consumo interno (los aumentos salariales de los últimos años, sobre todo en algunas industrias, irían eventualmente para ese lado, aunque se trata de una tendencia todavía demasiado incipiente para considerarla como tal). Pero también de Alemania. Incluso el propio Obama, en alguno de sus reiterados discursos, ha dicho que buscaba “mejor la potencialidad exportadora de los EEUU”. Es decir, todo el mundo buscar curarse en salud mediante exportaciones.

Así las cosas, dado el entrelazamiento señalado, y la relativa renuencia –hasta el momento– a las salidas lisa y llanamente autárquicas, lo que se busca en la generalidad de los casos es reforzar la competitividad en el mercado mundial. De ahí viene la llamada guerras de monedas. Es que independientemente del nivel de competitividad relativo de cada economía, está claro que una moneda más débil permite abaratar los costos en el mercado mundial mejorando la propia posición exportadora.

A esto se le agrega que países como Brasil, e incluso Suiza, ante la afluencia masiva de capitales del exterior ocurrida en la última etapa, vieron fortalecerse

desproporcionadamente su moneda, llevándolos a situaciones complejas en materia de competitividad. En el caso de China, hizo frente a las presiones por apreciar su moneda, el yuan, pero mediante una dosificación tan sutil, que su cotización no se ha movido demasiado.

Volviendo al ejemplo de Brasil y Suiza, sus bancos centrales actuaron dejando apreciarse el dólar contra el real y el franco suizo. Esta circunstancia, está actualmente metiendo presión en otras economías. En el caso de las grandes, un yuan que no termina de apreciarse, mete presión sobre el dólar y la capacidad exportadora norteamericana, que no se ha visto mejorada de manera sustancial. En el caso del real, la presión se ejerce sobre el peso argentino, porque la devaluación de la moneda brasilera deteriora la competitividad exportadora argentina, así como agiganta la presión importadora sobre el país: “La competitividad industrial de la Argentina quedará rápidamente off side, en la medida que el nuevo escenario descripto [de devaluación del real] haya llegado para quedarse. Otra posible víctima es el turismo, ya que los brasileros representan el 32% del mercado turístico argentino que mueve 5.000 millones de dólares [y también parece crecer la presión de los saldos no vendidos en el vecino país que podrían ahora ingresar abaratados en el nuestro].”[10]

Por ahora, estos movimientos han sido más o menos “controlados”. Pero sería un grave problema si en las condiciones del deterioro económico mundial que se avecina, las maniobras devaluatorias se espiralizaran. Ahí se tendría una verdadera guerra de monedas, que independientemente de las maniobras arancelarias o para-arancelarias, no dejaría de significar un riesgo para la unidad del mercado mundial.

En todo caso, el mundo podría ir a una suerte de “cartelización regional”. Una suerte de fragmentación del mercado mundial no por países, sino por regiones, que es uno de los movimientos –la afirmación de regiones económicas con determinadas afinidades– que hizo parte del desarrollo mundializador de las últimas décadas.

La realidad es que el propio FMI está alertando acerca de una posible dinámica como la que acabamos de señalar, referida a su preocupación sobre el posible fracaso de la Ronda de Doha de la Organización Mundial de Comercio (negociaciones que tiene por objetivo liberalizar aun más el comercio internacional, algo que va medio a contramano de las tendencias en la actual crisis): “El fracaso de dicha ronda podría conducir a la fragmentación del sistema comercial internacional y al debilitamiento de la OMC y del multilateralismo.”

Esto nos lleva a otro problema: el del necesario rebalanceo de la economía mundial. El último informe del FMI dice que hay dos movimientos que no se han producido y que explican la nueva ronda de la crisis.

El primero, que la demanda privada no logró sustituir la asistencia estatal. La segunda, que los desbalances de la economía mundial –naciones deficitarias comercialmente altamente endeudadas, y naciones superavitarias comercialmente altamente acreedoras– no han sido resueltos: no sólo no se ha avanzado un paso en

ese camino, sino que se está a punto de un agravamiento de estas relaciones críticas: “(...) Las economías avanzadas con déficits en cuenta corriente, y sobre todos Estados Unidos, necesitan compensar la baja demanda interna con un aumento de la demanda externa. Esto implica simétricamente un alejamiento de la demanda externa a favor de la demanda interna en las economías de mercados emergentes con superávits en cuenta corriente, especialmente China. Este reequilibramiento no está ocurriendo. Aunque los desequilibrios disminuyeron durante la crisis, esto se debió más a una fuerte disminución del producto de las economías avanzadas en relación con las de los mercados emergentes que a un ajuste estructural de esas economías. De cara al futuro, proyectamos una ampliación de los desequilibrios, no una disminución”...[11]

Este elemento tiene que ver con que debería haber modificaciones estructurales que no se están operando. Como ya hemos señalado, EEUU debería reindustrializarse y mejorar su capacidad exportadora para reducir sustancialmente sus déficits de balanza comercial y de pagos. Al mismo tiempo, China debería aumentar su consumo interno y sus exportaciones, volcando en estas tareas las inmensas reservas en divisas que posee.

Pero estas tareas, que significarían modificaciones geopolíticas y en el terreno de las relaciones entre las clases, difícilmente vayan a ocurrir de manera “insensible” o pacífica. Porque la configuración estructural a la cual se llegó ha sido el producto de tres décadas de capitalismo neoliberal, y de determinadas relaciones de fuerzas entre las clases sociales y los Estados. Y tanto la reindustrialización de los EEUU, como el aumento del consumo de las masas populares en China, significarían –al menos al comienzo– una reducción de las tasas de ganancias de las últimas décadas. La burguesía yanqui y la burocracia china, difícilmente someterán su cuota parte en la renta nacional de manera tan “desprendida”.

En todo caso, se trata de modificaciones que también entrañan lo propio a nivel de las relaciones entre Estados, transformaciones que no parecen nada fáciles de resolver que no sea mediante hechos de otra naturaleza, reiteramos, que los meramente pacíficos: una lucha de clases incrementada, y también una incrementada tensión entre Estados.

Una hipótesis acerca de las paradojas de la acumulación capitalista en las últimas décadas

Hay un elemento orgánico conectado al anterior: es el que tiene que ver con la dialéctica del desarrollo y las ganancias capitalistas, y de cómo ha venido funcionando esto en las últimas décadas. En esta materia, hay un gran debate que encararemos en profundidad en un próximo trabajo. Mientras tanto, llevaremos adelante solamente una suerte de “pinceladas” del mismo.

La contradicción es la siguiente: un abordaje realista y no doctrinario de la cuestión señala que la tasa de ganancia se recuperó sustancialmente en las últimas décadas,

luego de la crisis de los años 1970. Si no llegó a los niveles de la inmediata posguerra, la recuperación fue evidente, cerrándose la crisis de los años '70.

No solamente Michel Husson –que tiene rasgos “heterodoxos” en la materia– afirma eso. Un economista marxista más “ortodoxo” –y realmente muy sólido– como el paquistaní-norteamericano, Anwar Shaikh, demuestra lo mismo.

Shaikh señala que la combinación específica para este resultado –sobre todo en países como EEUU e Inglaterra, aunque las universaliza más allá– fue el salto en la explotación de la clase obrera a partir de los gobiernos de Reagan y Thatcher, combinado con la inauguración de una época de bajísimas tasas de interés.

Según un cuadro de su autoría, demuestra que, en los 20 años de la inmediata posguerra, la tasa de ganancia empresaria (descontando a la tasa de ganancia el interés bancario del momento)[12] promedió en EEUU, grosso modo, entre el 10 y el 15% para caer luego de manera sostenida hasta el año 1983. Sin embargo, a partir de esa fecha se recuperó de manera sostenida, alcanzando como promedio entre el 5 y el 10%.[13]

En este sentido, los economistas que señalan que esta recuperación no ocurrió, y que la crisis de los años 70 nunca se cerró (para reabrirse con la actual depresión mundial), parece costarles dar cuenta de la realidad tal cual es.

Sin embargo, aparentemente lo específico de las últimas décadas (cuestión que debemos todavía someter más a escrutinio), dato a priori paradójico si los hay, es que esa misma recuperación de la tasa de ganancia no redundó en un aumento sustancial de la inversión mundial y la acumulación como totalidad.[14]

Se desarrollaron determinadas ramas productivas, ni que decirlo (ver si no la revolución informática). Y, al mismo tiempo, el capitalismo logró ampliar su horizonte geográfico de explotación económica directa con la “reabsorción” plena de los países no capitalistas. Haberse puesto en el “buche” a China –que encima vive una suerte de tercera revolución industrial– y a Rusia, por señalar solamente a los países más grandes, no es un elemento menor. Lo mismo, no es un hecho menor la expansión del capitalismo europeo hacia el Este europeo (expansión aprovechada, en primer lugar, por Alemania), el salto en la tasa de explotación de los trabajadores a nivel mundial y el avance en las relaciones de semicolonización de los países de la periferia (proceso ahora parcialmente “estancado” por la crisis económica y las rebeliones populares latinoamericanas).

Pero el hecho es que parte importante del plusvalor obtenido, transformado en plétora del capital (capital sobrante no aplicado a la inversión real), terminó yendo a parar a los circuitos de la valorización financiera, en ausencia de tasas de ganancias de igual magnitud en la economía real que los obtenidos en los “mercados” financieros.

Esto dio lugar a un patrón de crecimiento de la economía mundial de las últimas décadas que mostró lugares, “nichos”, donde el desarrollo dio un sustancial escalón para adelante, pero que no dejó de sufrir una carencia de suficiente inversión productiva, terminando por estallar como estalló en 2008. Es que no hay plusvalor que alcance para pagar semejantes tasas de valorización como las que exigían las finanzas.[15]

Sin embargo, esto no quita un elemento de mucho peso a nivel de las fuerzas productivas, presente desde hace tiempo: bajo la actual fase del capitalismo neoliberal, el aumento de la tasa de explotación no ha sido acompañada en la misma medida por la tasa de acumulación (el elemento clave para la ampliación de las posibilidades de extracción de plusvalor o trabajo no pagado): el capitalismo carece hoy de un “motor”, de una “locomotora” de arrastre, de una rama económica “universal” que tiña todas las demás y las lleve hacia adelante

Esta claro que la computación y las telecomunicaciones van en ese sentido. Sin embargo, no parecen tener la envergadura del ferrocarril en la segunda mitad del siglo XIX, o del automóvil todo a lo largo del siglo XX.[16] Este no es un elemento menor: las nuevas ramas productivas –así como los avances tecnológicos– son los que permiten la recuperación de la tasa de ganancia (y llevar la masa de las ganancias hasta niveles insospechados).

Si el capitalismo neoliberal está caracterizado por una baja tasa de inversión es porque no está encontrando esas ramas productivas que le permita ir suficientemente para adelante de conjunto.

De ahí también la no recuperación del todo de la tasa de ganancia en las últimas décadas. En definitiva, este es otro rasgo que hace la configuración historia–concreta de la actual crisis.

Bien. ¿Pero cómo esta funcionando actualmente esta cuestión en medio de la crisis? La realidad es que no parece haber muchas modificaciones en este rasgo estructural del capitalismo de hoy. Billones de dólares inundaron los circuitos de valorización financiera mediante los rescates. Las bolsas se recuperaron, lo mismo que las tasas de ganancia. Y, sin embargo, la evolución del producto es mediocre. ¿Por qué? En definitiva, es simple: porque lo que no se recupera del todo, y menos que menos, pega un salto histórico, es la tasa de acumulación: de ahí que la desindustrialización relativa de un país como los EEUU siga siendo un dato de la realidad, y un dato que no esta claro si esta en reversión.

Insistimos, países como China, India, o mismo Brasil, ha significado un impulso inversor, de acumulación real y de dimensión mundial. Además, atención, en el primero, los rasgos de sobreacumulación están en el centro de la escena: el 50% de su

PIB va a la inversión, y nadie sabe cuanto tiempo más podrá sostenerse esta tasa insostenible.

Mientras algunos observadores han señalado agudamente, que por ejemplo, los nuevos trenes “balas” transitan por las vías vacíos, muchos otros se interrogan qué se podría hacer con una capacidad instalada desproporcionadamente destinada al mercado mundial, si este se hunde más en la actual crisis.

Además, estas capacidades instaladas desaprovechadas, marcan también países como los EEUU más allá de su desindustrialización relativa, y hacen parte de las distintas oleadas de cierres y fusiones empresarias que han ocurrido en las últimas décadas, por ejemplo en materia de líneas de aviación.

Sin embargo, aquí estamos hablando de otra cosa. De que a nivel de las fuerzas productivas mundiales o universales, el mundo muestra una serie de contrastes y claroscuros de inmensa magnitud, dónde a pesar del desarrollo de toda algunas ramas productivas –o el sostenimiento de otras clásicas de enorme importancia como la automotriz–, parece seguir habiendo una carencia en lo que hace al relanzamiento del capitalismo hacia adelante en su conjunto. Este es otro elemento que explica la mediocridad económica ambiente y a la perspectiva de una década pérdida –“una japorización o estancamiento duradero– en la economía mundial como un todo, más allá de sus desigualdades regionales.

¿Recesión o depresión?

La recaída económica que se viene ha reabierto la discusión acerca de la caracterización de la crisis como un todo. La definición más consensual venía siendo la de Paul Krugman, de Gran Recesión. La misma ha tenido la virtud de oscilar entre dos límites. Por un lado, que no se trata de una recesión normal, sino algo más profundo. Al mismo tiempo, mediante esta definición, Krugman quiso trazar una raya respecto de la Gran Depresión de los años 30, cuyos índices de caída, efectivamente, fueron mayores que los que hemos visto hasta el momento en la actual crisis.

Sin embargo, la definición de Krugman no dejaba de tener un elemento de apuesta política: su implícita confianza en que Barack Obama actuaría como una suerte de keynesiano consumado rescatando a los EEUU del abismo. Sin embargo, la realidad es que hace rato que el mismo Krugman se muestra desmoralizado con Obama, y que sus textos suman en desesperación y una cierta falta de agudeza.

En todo caso, mucho más importante es el hecho que no sólo la crisis ya se prolonga demasiado, sino que estamos ante una nueva recaída recesiva. Esta circunstancia es la que obliga a reflexionar otra vez acerca de en qué tipo de crisis nos encontramos. La misma comenzó en el 2008, y a estas alturas ya está cumpliendo cuatro años de vida interrumpidos. Como si fuera poco, ahora se viene una recaída recesiva, la que de confirmarse extendería la misma al menos por dos años sino más.

¿De qué se puede tratar cuando hablamos de una crisis que se extiende a lo largo de al menos seis años –si no alcanza una década de duración–? Es evidente que no se puede tratar de una mera recesión sino de algo más profundo. Por otro lado, sigue siendo un hecho que los índices de la crisis que estamos recorriendo no son tan catastróficos como los de la Gran Depresión de los ‘30, ni el contexto político–social marcado por guerras, revoluciones y contrarrevoluciones se le asemeja... al menos, no todavía. Siendo así las cosas, evidentemente no se está por ahora ante una circunstancia tan aguda como ochenta años atrás.

Pero si no se trata de una Gran Recesión, pero tampoco una Gran Depresión como la de los años ‘30, ¿de qué se trata la actual crisis? El conocido ex economista del Banco Mundial, Kenneth Rogoff, ha salido a criticar implícitamente el abordaje de Krugman señalando que se está ante una Gran Contracción. Lo característico –su “diferencia específica” como diría Marx– de las mismas sería que el nivel altísimo de endeudamiento de hogares, empresas y estados hace mucho más difícil que en una recesión mundial la salida de la crisis. De ahí que señale que el tratamiento que están dando los gobiernos imperialistas a la misma es equivocado, porque no responde a la profundidad y magnitud real de la misma.

En todo caso, una hipótesis válida de trabajo sería señalar que, en un sentido, la circunstancia se asemeja más a la Larga Depresión de finales del siglo XIX, crisis que dio lugar a la emergencia del imperialismo. Se trató de una crisis más bien extendida en el tiempo que “catastrófica” –duró veinte años– dando lugar a inmensas transformaciones estructurales, como la emergencia del imperialismo moderno que luego desembocó en la I Guerra Mundial.

Está claro que todavía es muy prematuro para especular acerca de cuanto podría durar la actual crisis, y si las transformaciones estructurales que se esbozan potencialmente, se irán a concretar. En todo caso, lo que si se puede afirmar es que una crisis tan dilatada en el tiempo como la que ya se está viviendo, difícilmente se podría “capturar” mediante la definición de “recesión”, cualquiera sea ella.

Creemos que como herramienta es más válida, a estas alturas, la caracterización que la economía mundial se encuentra frente a la primera Gran Depresión del siglo XXI; nos parece que esta es una manera más correcta para caracterizarla que la de Gran Recesión.

Una depresión que, al menos hasta ahora, no es tan profunda como la de los años ‘30, pero que alcanza como para que en el norte del mundo ya se esté hablando de una década perdida, lo que podría agravar toda las contradicciones económicas, sociales y políticas que se han echado a rodar, introduciéndonos realmente en la situación mundial más radicalizada de las últimas décadas.

Veamos otro elemento más, conexo a lo señalado. Es que vinculado a la no recuperación de la acumulación, está el hecho de la continuidad de índices inusualmente altos de desempleo en el norte del mundo.

Aquí hay un hecho establecido desde Marx: los movimientos poblacionales, y obviamente el empleo, siguen como la sombra al cuerpo al proceso de acumulación capitalista. Ahí donde la acumulación es dinámica, afluye la mano de obra y el empleo crece. Y el dato estructural –que tiene que ver con la mediocridad en términos de inversión y acumulación capitalista– apunta justamente hacia los altos índices de desempleo. Claro que aquí juega otro factor: el aumento de la tasa de explotación. A partir de cada crisis se logra imponer una tasa de explotación mayor del trabajo, y esta crisis no es la excepción. Pero con esto no alcanza para explicar el actual desempleo de masas que campea en muchas economías del mundo.

Al respecto, el FMI en su último informe señala lo siguiente: “Las utilidades empresariales han subido gracias al nivel deprimido de los salarios y a los bajos costos de financiamiento, pero esto no está beneficiando directamente a los hogares con una elevada propensión al consumo. Las inquietudes en torno a las perspectivas de ingreso son particularmente acuciantes en Estados Unidos, donde una pérdida de puestos de trabajo extraordinariamente profunda se ha sumado a una disminución tendencial continua del ritmo de creación de empleo”.

Es en estas condiciones que toda la generación joven tiene problemas de empleo y vivienda; son millones los que siguen viviendo con sus padres más allá incluso de los 30 años, e incluso casados y con hijos, porque no pueden afrontar el costo de irse a vivir de manera independiente. Este elemento, sumado a la precariedad del empleo, es lo que hace universal la rebelión de los indignados de España, a Túnez, de la Plaza Tahir a Tel Aviv, y de allí hacia Grecia y Chile. Se trata de la suma de los deterioros de la nueva generación en las condiciones de trabajo, contratación, estudio y vivienda.

Y esa realidad se vincula al señalado problema de fondo en lo que tiene que ver con la dinámica de la acumulación. Atención, esta realidad no es igual en todos los países, y en todas las regiones del mundo. El flujo migratorio en China e India sigue siendo inmenso (aunque ahora la burocracia parece estar buscando alentar el empleo asalariado en las villas para moderar el traslado de la mano de obra). Y, no casualmente, ambos países han sido las sedes de uno de los mayores ámbitos de la acumulación capitalista mundial de las últimas décadas. Pero esta “súper-acumulación” como la que se vive en China, se combina con bajos índices de acumulación o, incluso, “desacumulación” relativa en otras partes del mundo, configurando el escenario mediocre que se está viviendo actualmente.

Cuando la crisis y la rebelión se comienzan a realimentar mutuamente

En todo caso, como hemos señalado reiteradas veces, la crisis que se está viviendo es histórica. ¿Cuál es el elemento central que coloca la misma? La eventualidad que haga

estallar los equilibrios de la economía, los Estados y las clases sociales que han venido caracterizando al mundo en los últimos 30 o 40 años: el orden capitalista neoliberal.

La realidad es que el sistema capitalista ha estado demasiado estable desde las derrotas de los años '70 y '80. No ha sido casual el hecho que desde la década del '60 no se haya vivido ninguna revolución social en el mundo. Hemos vivido una larga época de “democracia” donde la burguesía ha gozado de un dominio más o menos incuestionable: de ahí también la debilidad relativa más en su conjunto del marxismo revolucionario, su carácter de corriente de vanguardia y no todavía de masas (aunque esta claro que esto podría cambiar históricamente con un giro en la radicalización que se desprenda de la actual crisis).

No por casualidad, con la notable agudeza que lo caracteriza, el economista burgués Nouriel Rubini definió la segunda posguerra como los años de “la Gran Moderación”: “En las economías más avanzadas, la última mitad del siglo XX fue un período de relativa calma, más allá que atípica, que culminó en un período tranquilo de inflación baja y de alto crecimiento, que los economistas apellidaran como ‘Gran Moderación’.[17]

Y sin embargo, esto no tiene por qué estar llamado a perdurar. Ahora mismo vemos al FMI alertando acerca de que la economía mundial se esta adentrando en una nueva fase “peligrosa” dónde lo dominante es un “agudo temor a lo desconocido”. [18]

Es que, precisamente, cuando se ponen en juego los equilibrios logrados, cuando se mueven las “capas tectónicas de la sociedad” –como ocurrirá de profundizarse aun más la actual crisis– pueden estarse creando condiciones para reabrir la época de crisis, guerras y revoluciones. Esa es la potencialidad histórica que puede tener la actual crisis: hacer chocar las capas tectónicas de la lucha de clases, aunque todavía no se ha llegado a tales extremos.

¿Cuál es la importancia –en este contexto– de la irrupción en la escena histórica del proceso de rebelión–revolución en el mundo árabe? Bueno, es evidente: las crisis económicas, por sí mismas, no pueden llevar a la caída de este sistema de explotación que chorrea sangre y lodo por todos sus poros. La lucha entre las clases es el único factor que puede producir eso. Toda lucha de clases opera dentro de un contexto material determinado. Si la situación es de estabilidad, las luchas obreras podrán conseguir conquistas, pero seguramente no se plantearán la perspectiva de revolucionar la sociedad.

Sin embargo, en las condiciones de una crisis histórica como la actual, cuando de alguna manera no se puede seguir viviendo como hasta el momento, los explotados pueden verse “arrastrados” a tomar las cosas en sus manos. Es ése el motor que ha estado detrás de la rebelión en Grecia, del alzamiento del mundo árabe, de los indignados en España, de los estallidos de ira en Gran Bretaña, de las huelgas obreras en China, de la actual radicalización por la izquierda en Bolivia, mostrando un momento políticamente distinto en la crisis que cuatro años atrás: cuando crisis y

luchas comienzan realmente a confluir, a realimentarse mutuamente como decíamos en un artículo cuatro años atrás.

En la medida que la crisis económica mundial escale hacia una depresión lisa y llana, podríamos vivir en un mundo dónde se rompan los equilibrios tan trabajosamente alcanzados entre los estados y las clases. Es decir, las columnas vertebrales de un capitalismo neoliberal que solamente pocos años atrás parecía tan “sólido” y ahora se deslegitima a cada día que pasa. Se reabría así, finalmente, si la lucha de clases desborda la democracia burguesa por la radicalidad de los acontecimientos, la época de la revolución social.

Esto ocurriría en un contexto dónde es mucho más probable el retorno a los rasgos clásicos de movilización de masas y centralidad de la clase obrera que en las décadas pasadas, los rasgos de la revolución auténticamente socialista.

[1] Un último informe señala que el 65% de los “acontecimientos de masas” (eufemismo con que la burocracia china habla de los conflictos sociales) en China tienen que ver con las peleas por la desposesión de la tierra en manos de las nuevas empresas inmobiliarias que tratan de apropiarse del campo. El hecho es que en China, herencia de la revolución del '49 –y quizás también en las circunstancias bajo el pasado imperial–, los títulos de la propiedad no están muy claros. De eso se aprovechan hoy, evidentemente, las empresas inmobiliarias para extender el imperio de la propiedad privada al campo.

[2] ¡Si hasta Cristina Kirchner va al G-20 y pretende dar lecciones a los países imperialistas acerca de cómo se debería enfrentar la crisis! Se trata de una rara coyuntura dónde los países imperialistas parecen estar para el cachetazo...

[3] Colocamos aquí a Rusia solamente a título ilustrativo porque hemos estudiado poco o nada de su evolución post restauración capitalista.

[4] Esto no niega que ya cuando China plantea pleitos en su inmediato “Hinterland” (respecto de Corea, con Taiwán o mismo con Japón) ya las cosas no sean distintas que décadas atrás, de mucho más cuidado por los EE.UU.

[5] Horacio Busanello, La Nación, 24 de septiembre del 2011.

[6] Recientemente el FMI ha estimado que el retroceso en su valor para el 2012 rondará entre el -3.1% para el petróleo y el -4.7% para los no combustibles, aunque a

partir de un crecimiento de los precios en este año 2011 del 30.6 para el primero, y del 21.2% para las segundas.

[7] Félix Sanmartino, La Nación, 24 de septiembre del 2011.

[8] Para ver un tratamiento más pormenorizado de esta cuestión, ver La Rebelión de las 4 por 4. La revuelta de los patrones rurales y la izquierda argentina. Ediciones Antídoto Gallo–Rojo, Buenos Aires, 2009.

[9].- En la realidad, esto funciona menos mecánicamente, porque hay varias cotizaciones para el precio del petróleo, pero sirve a los efectos del ejemplo que estamos dando.

[10] La Nación, 22 de septiembre del 2011.

[11] Ídem, FMI.

[12] El concepto en Marx de esta categoría es precisamente ese: “tasa de ganancia empresaria”, es decir, el índice que surge de descontarle a la tasa de ganancia la tasa de interés vigente del momento.

[13] Ver Shaikh, ídem.

[14] Este aspecto es el que subraya Husson; lamentablemente en el trabajo citado, Shaikh no da su opinión al respecto; es decir, acerca de la acumulación–inversión de las ganancias realizadas.

[15] Sobre este estallido, Shaikh tiene otra explicación. Señala que la clave del mismo hay que hallarla en lo insostenible de un endeudamiento que compensó a lo largo de casi tres décadas la caída de los salarios en los países imperialistas. Nos parece que la explicación que intentamos dar aquí a modo de hipótesis hunde sus raíces de manera más sistemática en los problemas específicos de la acumulación y el desarrollo de nuevas ramas productivas. En todo caso, nos debemos un mucho mayor estudio de esta compleja cuestión.

[16] Profundizando algo más en lo que venimos señalando, digamos que el carácter de rama “liviana” de la informática, que sí se ha expandido universalmente a toda la economía, parece ser un limitante para que ella cumpla el rol que en su momento cumplió, por ejemplo, la industria automotriz. Este papel lo podría cumplir, evidentemente, la industria de guerra, pero hoy no estamos a la vera de una guerra mundial; o quizás la industria aeroespacial, pero ella es todavía súper incipiente y

seguramente más fuente de pérdidas que de ganancias... En todo caso, sobre esta apasionante cuestión, hay que profundizar también el estudio ulterior.

[17] La economía de las crisis. Un curso relámpago sobre el futuro del sistema financiero internacional. Nouriel Roubini y Stephen Mihn, Editora Intrínseca LTDA, Rio de Janeiro, Brasil, 2010, pp. 15.

[18] FMI, Estudios económicos y financieros, septiembre 2011.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

El [archivochile.com](http://www.archivochile.com) no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).